

Giorgio Morandi: la pintura como tema

Text published in *Quaderns de l'Obra Social de la Caixa de Pensions*, n. 27

Recuerdo que hay un personaje en *Interiores*, la película de Woody Allen que paso por las pantallas hace ya unos años, que rompe un "Morandi". No es un cuadro de Morandi. Es una agrupación de objetos -botellas- de entre las cuales me quedó en la memoria una de un azul intenso. Están agrupadas en el extremo de un aparador del lujoso estar en que transcurre la escena. Una de las protagonistas, muy hortera, en un movimiento vulgar hace rodar por los suelos el encanto, la poesía, de ese pequeño grupo de objetos que me remitían, por su situación, por su humildad, por la manera de estar compuestos, a una sensibilidad evidentemente morandiana.

Hay momentos, ese momento en que se dice que la naturaleza imita al arte, en que la simple colocación de unos objetos nos puede remitir a un cuadro, a un pintor, a la pintura, a la historia de la pintura. Diríamos que el *Bodegón* de Zurbarán, por ejemplo, es uno de ellos o, en el caso que nos ocupa, evidentemente, Morandi. Algo en su apariencia tan simple, tan sencillo, nos remite a una vida, un ambiente. De todas formas creo que en Morandi esto será solo lo más aparente, lo reconocible., pero no lo más importante. No es lo que le situará en ese espacio, no demasiado definido en la Historia de la pintura contemporánea que es el que entendemos como pintura de, o pintura para pintores. No está ahí, pues, solamente en la botella, la grandeza de Giorgio Morandi.

Cuando hay todavía quien dice que Morandi es un pintor aburrido, que es un pintor de "tema"; podría muy bien decirse que para Morandi el tema es la pintura, que su diálogo es con la pintura misma.; No es la de Morandi una pintura descriptiva, la de Morandi es una pintura que trata de pintura y para hablarnos de ella se sirve de esas bellas agrupaciones de objetos o de sus paisajes para la creación de su espacio, de sus espacios, para dialogar con sus delimitaciones, para mostrarnos, con claras referencias visuales, cómo va aprendiendo esa "su manera" de entender el espacio.

Para la creación de ese espacio, tan Morandi, juega un papel fundamental la luz. Esa luz que le viene dada de su breve periodo metafísico pero iniciada ya en su *Cactus*, de 1917, que al decir de Césaire Brandi "*de una belleza semejante a la de un trenzado "quattrocentesco", que más que al cubismo, remite a Piero della Francesca y a los artesanos locales de taracea de Lendinara*". Esa luz se nos aparece desde el interior del cuadro y los objetos, en su situación, en la perspectiva no están en el "escenario", en el escenario a la manera renacentista, por esa valoración distinta de la luz, por la importancia que toma el contorno, dibujado, pintado desde el vacío, a los

JOAN HERNÁNDEZ PIJUAN

vacíos entre los objetos, a la forma de aquello que no es, a la forma de aquello que rodea.

Un color y una luz diríase como empolvado, no definible, como empastado, movido y valorado con ligeros cambios de tono en los que la dicción del pincel, en gesto pequeño e íntimo, delicado a veces, en clara y sensible unión con la retina, como de caricia visual. Pincelada más fuerte y gestual a partir de los años cincuenta, especialmente en sus paisajes más últimos, en los que deja entrever entre la grafía del pincel el tono y textura del soporte. Un color que diría sin casi colores, de registros sensibles tales que la aparente matización se obtiene más por el paso del pincel sobre la tela que en la mezcla en la paleta.

En sus paisajes Morandi no crea tanto un espacio de paisaje como de bodegón. Esos paisajes, dibujan, también sobre el vacío, bloques perfectamente ubicables entre ellos, en los que la perspectiva pierde su valor por la frontalidad y para acabar ya, a partir de sus acuarelas de 1950, con el encuentro de ese nuevo espacio pictórico, marcadamente en la superficie, en los que no quedan ya intersticios visualmente penetrables.

Siempre me gusta tener próximo a Morandi, pintor que desde su silencio, desde su intimidad, desde su honradez, desde ese su aparente mundo de objetos, de árboles y casas también como objetos, nos dicta siempre una hermosa lección de pintura.

Joan Hernández Pijuan

March 1985